

## Viajero frecuente

Londres, Miami, Vancouver, Sao Paulo... Carlos Fernández de la Peña es director de desarrollo de negocio para una importante compañía madrileña, lo cual le lleva a viajar con cierta frecuencia. Es uno de estos hombres de negocio con los que es tan fácil cruzarse por los aeropuertos. Vestidos con elegancia pero de forma cómoda, la experiencia hace que acaben siguiendo patrones muy parecidos en su comportamiento. Llevan lo estrictamente necesario, se mueven como pez en el agua en los aeropuertos, saben evitar las colas y en general cualquier cosa que suponga una pérdida de tiempo inútil. También pasan horas en las salas de espera, a veces sin saber realmente en qué ciudad se encuentran, matando el tiempo como pueden. Algunos leen la prensa internacional, otros intentan dormir un poco (sin perder la compostura, eso sí), la mayoría teclean en su teléfono móvil. Pero Fernández de la Peña es también fotógrafo y aprovecha el tiempo que pasa en los aeropuertos para retratar esos lugares que no son de nadie pero que a la vez son de todos y que juegan un papel importante en la vida del viajero frecuente.

**Fotos: Carlos Fernández de la Peña || Texto: Raúl Martínez**

Una vida llena de aeropuertos y vuelos intercontinentales se asocia inevitablemente con la idea de éxito: viajar no solamente es revelador de una vida interesante, cambiante, divertida sino que también aporta un estatus, el de una persona importante cuya presencia puede ser requerida en la otra punta del mundo. Prestigio, dinero, cambio, viajes... ¿qué más se puede pedir?

Por eso mucha gente no entiende que la vida de un viajero tan frecuente pueda llegar a ser rutinaria, aburrida y finalmente hasta solitaria y triste.

Algunas consecuencias son conocidas, como el jet lag y el desfase en el sueño que conlleva. Este trastorno en el sueño, unido al estrés, las malas prácticas en la alimentación, inherentes a la vida del viajero, suponen, según un estudio de la Universidad de Surrey, un aumento del riesgo de ataque al corazón y de los signos de envejecimiento.



Esta hipermovilidad también tiene consecuencias psicológicas, más difíciles de acotar, como el sentimiento de soledad, la desorientación, la ansiedad y finalmente la depresión. Así, es fácil que algunos, al despertar, ni siquiera sepan en qué ciudad se encuentran ni a qué han venido.

Las consecuencias sociales también son notorias, especialmente en el campo de la pareja. Teniendo en cuenta que el 74% de las personas que viajan por razones de negocio son hombres, el peso en la educación de los hijos y el mantenimiento del hogar corren todavía más a cargo de la mujer. Además la pareja debe aprender a convivir con periodos de ausencia, posibles situaciones de celos y, en cualquier caso, con muchas horas de soledad.

Lejos de su país, de su familia, de su entorno más reconocible, estos viajeros habituales acaban pasando mucho tiempo en lugares donde parece que el tiempo se haya suspendido. Lugares que son un paréntesis en la vida de los que los ocupan pero que acaban ocupando durante muchas horas.



El antropólogo Marc Augé acuñó el concepto de “no lugares”, refiriéndose a los espacios donde el ser humano se mantiene anónimo, espacios que no experimentan una apropiación por parte de sus ocupantes sino que no dejan rastros de la actividad humana, espacios en tránsito, como salas de espera, grandes hoteles, supermercados...

Las salas de espera en los grandes aeropuertos internacionales serían no-lugares por antonomasia, de ahí el escaso contacto que se establece entre sus ocupantes. Cuando alguien se dirige a otro lo hace con el máximo de corrección, tratando de no dar nada por sentado. Se establece una asepsia aceptada por todos para proteger una intimidad que se podría ver amenazada por las circunstancias, la promiscuidad, las diferencias en las costumbres.

Lo mismo ocurre en los grandes hoteles, especialmente en los que están situados junto a los aeropuertos y por tanto no destinados a fines lúdicos.

Carlos Fernández nos ofrece con sus fotografías una reflexión acerca de lugares que precisamente no han sido concebidos para ser observados o admirados. Lugares de tránsito, de simple paso, pero que quizás acaben siendo más reveladores de las vidas que llevamos que los lugares a los que se supone que nos dirigimos.

<http://www.agenciazoom.com/web/reportajes/viajero-frecuente/>